

LA ÚLTIMA HOJA

O. HENRY

En un pequeño distrito al oeste de Washington Square las calles se han vuelto locas y se han dividido en pequeñas franjas llamadas "lugares". Estos "lugares" forman extraños ángulos y curvas. Una calle se cruza a sí misma una o dos veces. Un artista descubrió una vez una valiosa posibilidad en esta calle. Supongamos que un cobrador con una cuenta de pinturas, papel y lienzos, al atravesar esta ruta, se encontrara de repente volviendo, sin haber recibido un centavo a cuenta.

Así pues, la gente del arte no tardó en llegar al pintoresco y viejo Greenwich Village, a la caza de ventanas al norte y frontones del siglo XVIII y áticos holandeses y alquileres bajos. Luego importaron algunas tazas de peltre y uno o dos calientaplatos de la Sexta Avenida, y se convirtieron en una "colonia".

En la parte superior de un edificio de tres pisos, Sue y Johnsby tenían su estudio. "Johnsby" era familiar para Joanna. Una era de Maine; la otra, de California. Se habían conocido en la mesa de un restaurante de la calle Octava, "Delmonico's", y sus gustos por el arte, la ensalada de achicoria y las camisas de obispo eran tan afines que se creó el estudio conjunto.

Eso fue en mayo. En noviembre, un extraño frío e invisible, al que los médicos llamaban Neumonía, merodeaba por la colonia, tocando a uno aquí y allá con sus dedos helados. En el lado este, este asolador se paseaba audazmente, golpeando a sus víctimas por decenas, pero sus pies pisaban lentamente el laberinto de los estrechos y musgosos "lugares".

El Sr. Neumonía no era lo que se llamaría un viejo caballero. Una mujercita con la sangre adelgazada por los céfiro californianos no era un buen partido para el viejo de puños rojos y aliento corto. Pero él golpeó a Johnsby; y ella se quedó tumbada, sin apenas moverse, en su somier de hierro pintado, mirando a través de los pequeños cristales de la ventana holandesa el lateral en blanco de la siguiente casa de ladrillo.

Una mañana, el atareado doctor invitó a Sue a entrar en el vestíbulo con una ceja desgreñada y gris.

"Tiene una oportunidad, digamos, de diez", dijo, mientras agitaba el mercurio de su termómetro clínico. "Y esa oportunidad es que ella quiera vivir. Esta manera que tiene la gente de alinearse en el lado del enterrador hace

que toda la farmacopea parezca una tontería. Su señorita ha decidido que no se va a poner bien. ¿Tiene algo en mente?"

"Ella-ella quería pintar la Bahía de Nápoles algún día", dijo Sue.

"¿Pintar? ¿Tiene algo en mente que merezca la pena pensar dos veces en un hombre, por ejemplo?"

"¿Un hombre?", dijo Sue, con un tono de arpa judía en su voz. "¿Un hombre que merezca la pena? No, doctor; no hay nada de eso".

"Bueno, pues entonces es la debilidad", dijo el doctor. "Haré todo lo que la ciencia, en la medida en que se filtre a través de mis esfuerzos, pueda lograr. Pero cada vez que mi paciente se pone a contar los carruajes de su cortejo fúnebre, le resto el 50% del poder curativo de las medicinas. Si consigues que haga una sola pregunta sobre los nuevos estilos de invierno en mangas de capa, te prometo una posibilidad entre cinco para ella, en lugar de una entre diez".

Después de que el doctor se marchara, Sue fue al cuarto de trabajo y lloró una servilleta japonesa hasta hacerla papilla. Luego entró en la habitación de Johnsby con su tablero de dibujo, silbando ragtime.

Johnsby estaba tumbada, sin apenas hacer ruido bajo la ropa de cama, con la cara hacia la ventana. Sue dejó de silbar, pensando que estaba dormida.

Arregló su tablero y empezó a dibujar a pluma para ilustrar un artículo de una revista. Los jóvenes artistas deben allanar su camino hacia el Arte haciendo dibujos para las historias de las revistas que los jóvenes autores escriben para allanar su camino hacia la Literatura.

Mientras Sue dibujaba un elegante pantalón de montar a caballo y un monóculo en la figura del héroe, un vaquero de Idaho, oyó un sonido grave, repetido varias veces. Fue rápidamente a la cabecera.

Los ojos de Johnsby estaban muy abiertos. Estaba mirando por la ventana y contando, contando hacia atrás.

"Doce", dijo, y un poco después "once"; y luego "diez" y "nueve"; y luego "ocho" y "siete", casi juntos.

Sue miró atentamente por la ventana. ¿Qué había que contar? Sólo se veía un patio desnudo y lúgubre, y el lado en blanco de la casa de ladrillos a

seis metros de distancia. Una vieja enredadera de hiedra, nudosa y descompuesta en sus raíces, trepaba hasta la mitad de la pared de ladrillo. El frío aliento del otoño había arrancado las hojas de la enredadera hasta que sus esqueléticas ramas se aferraban, casi desnudas, a los ladrillos que se desmoronaban.

"¿Qué es, querida?", preguntó Sue.

"Seis", dijo Johns, casi en un susurro. "Ahora están cayendo más rápido. Hace tres días había casi cien. Me dolía la cabeza para contarlos. Pero ahora es fácil. Ahí va otra. Ahora sólo quedan cinco".

"Cinco qué, querida. Dile a tu Sudie".

"Hojas. En la enredadera de hiedra. Cuando la última caiga yo también debo ir. Lo sé desde hace tres días. ¿No te lo dijo el médico?"

"Oh, nunca he oído hablar de esas tonterías", se quejó Sue, con un magnífico desdén. "¿Qué tienen que ver las viejas hojas de hiedra con que te pongas bien? Y a ti te gustaba tanto esa enredadera, niña traviesa. No seas tonta. El médico me dijo esta mañana que tus posibilidades de recuperarte pronto eran... veamos exactamente lo que dijo... ¡dijo que las posibilidades eran de diez a uno! Eso es casi tan bueno como lo que ocurre en Nueva York cuando viajamos en los tranvías o pasamos por delante de un edificio nuevo. Intenta tomar un poco de caldo ahora, y deja que Sudie vuelva a su dibujo, para que pueda vender al editor con él, y comprar vino de Oporto para su niña enferma, y chuletas de cerdo para su avaricia."

"No hace falta que compres más vino", dijo Johns, manteniendo los ojos fijos en la ventana. "Ahí va otro. No, no quiero caldo. Sólo quedan cuatro. Quiero ver caer la última antes de que anochezca. Entonces yo también me iré".

"Johns, querida", dijo Sue, inclinándose sobre ella, "¿me prometes mantener los ojos cerrados y no mirar por la ventana hasta que termine de trabajar? Tengo que entregar esos dibujos para mañana. Necesito la luz, o bajaría la persiana".

"¿No podrías dibujar en la otra habitación?", preguntó Johns, con frialdad.

"Prefiero estar aquí contigo", dijo Sue. "Además no quiero que sigas mirando esas estúpidas hojas de hiedra".

"Dímelo en cuanto hayas terminado", dijo Johns, cerrando los ojos y quedándose blanca y quieta como una estatua caída, "porque quiero ver caer la última. Estoy cansada de esperar. Estoy cansada de pensar. Fui a soltar mi agarre a todo, y a ir navegando hacia abajo, hacia abajo, como una de esas pobres y cansadas hojas".

"Intenta dormir", dijo Sue. "Debo llamar a Behrman para que sea mi modelo de viejo minero ermitaño. No tardaré ni un minuto. No intentes moverte hasta que vuelva".

El viejo Behrman era un pintor que vivía en la planta baja debajo de ellos. Pasaba de los sesenta años y tenía una barba de Moisés de Miguel Ángel que descendía desde la cabeza de un sátiro a lo largo del cuerpo de un diablillo. Behrman era un fracasado del arte. Durante cuarenta años había empuñado el pincel sin acercarse lo suficiente como para tocar el dobladillo de la túnica de su Señora. Siempre había estado a punto de pintar una obra maestra, pero nunca la había empezado. Durante varios años no había pintado nada, excepto de vez en cuando un garabato en la línea del comercio o la publicidad. Ganaba un poco sirviendo de modelo a los jóvenes artistas de la colonia que no podían pagar el precio de un profesional. Bebía ginebra en exceso y seguía hablando de su próxima obra maestra. Por lo demás, era un anciano feroz, que se burlaba terriblemente de la blandura de cualquier persona, y que se consideraba a sí mismo como un mastín especial para proteger a las dos jóvenes artistas del estudio de arriba.

Sue encontró a Behrman oliendo fuertemente a bayas de enebro en su estudio poco iluminado. En un rincón había un lienzo en blanco sobre un caballete que llevaba veinticinco años esperando a recibir el primer trazo de la obra maestra. Le habló de la fantasía de Johns y de cómo temía que ella misma, ligera y frágil como una hoja, se esfumara cuando su leve dominio del mundo se debilitara.

El viejo Behrman, con sus ojos rojos, que se desbordaban, gritó su desprecio y burla por tales imaginaciones idiotas.

"¡Vass!", gritó. "¿Hay gente en el mundo con la tontería de morir porque las hojas se caen de una maldita vid? No he oído hablar de tal cosa. No, no

voy a servir de modelo a tu estúpida mente de ermitaña. ¿Por qué permites que esa estúpida cuestión se interponga en su camino? Ah, la pobre Srta. Johns".

"Está muy enferma y débil", dijo Sue, "y la fiebre ha dejado su mente mórbida y llena de extrañas fantasías. Muy bien, señor Behrman, si no quiere posar para mí, no hace falta. Pero creo que es usted un viejo y horrible charlatán".

"¡Eres justo como una mujer!", gritó Behrman. "¿Quién ha dicho que no voy a posar? Continúa. Voy contigo. Llevo media hora intentando decir que estoy dispuesto a perder. Dios, esta no es una situación en la que alguien tan bueno como la Srta. Johns pueda estar enferma. Algún día haré una obra maestra, y todo se irá. Dios, sí".

Johns estaba durmiendo cuando subieron. Sue bajó la persiana hasta el alféizar de la ventana y le indicó a Behrman que fuera a la otra habitación. Allí miraron por la ventana con temor a la enredadera de hiedra. Luego se miraron por un momento sin hablar. Caía una lluvia persistente y fría, mezclada con nieve. Behrman, con su vieja camisa azul, se sentó como el minero ermitaño en una caldera volteada como roca.

Cuando Sue se despertó de una hora de sueño a la mañana siguiente, encontró a Johns con los ojos apagados y muy abiertos mirando la sombra verde dibujada.

"Súbelo; quiero verlo", le ordenó en un susurro.

Sue obedeció cansada.

Pero, ¡he aquí! después de la lluvia torrencial y de las feroces ráfagas de viento que se habían prolongado durante toda la noche, aún sobresalía contra la pared de ladrillo una hoja de hiedra. Era la última de la enredadera. Todavía de color verde oscuro cerca de su tallo, pero con sus bordes dentados teñidos del amarillo de la descomposición y el deterioro, colgaba valientemente de una rama a unos seis metros del suelo.

"Es la última", dijo Johns. "Pensé que seguramente caería durante la noche. He oído el viento. Caerá hoy, y yo moriré al mismo tiempo".

"¡Querida, querida!", dijo Sue, inclinando su desgastado rostro hacia la almohada, "piensa en mí, si no piensas en ti misma. ¿Qué haría yo?"

Pero Johnsby no respondió. Lo más solitario de todo el mundo es un alma cuando se prepara para emprender su misterioso y lejano viaje. La fantasía parecía poseerla con más fuerza a medida que se iban soltando uno a uno los lazos que la unían a la amistad y a la tierra.

El día se desvaneció, e incluso a través del crepúsculo pudieron ver la solitaria hoja de hiedra aferrada a su tallo contra la pared. Y luego, con la llegada de la noche, el viento del norte se desató de nuevo, mientras la lluvia seguía golpeando las ventanas y golpeando los bajos aleros holandeses.

Cuando hubo suficiente luz, Johnsby, sin piedad, ordenó que se levantara la persiana.

La hoja de hiedra seguía allí.

Johnsby se quedó un buen rato mirándola. Y luego llamó a Sue, que estaba removiendo su caldo de pollo sobre la estufa de gas.

"Me he portado mal, Sudie", dijo Johnsby. "Algo ha hecho que esa última hoja se quede ahí para mostrarme lo mala que he sido. Es un pecado querer morir. Puedes traerme un poco de caldo ahora, y un poco de leche con un poco de oporto, y... no; tráeme primero un espejo de mano, y luego pon unas almohadas a mi alrededor, y me sentaré a ver cómo cocinas".

Una hora después dijo.

"Sudie, algún día espero pintar la Bahía de Nápoles".

El médico vino por la tarde, y Sue tuvo una excusa para salir al pasillo mientras él se marchaba.

"Aún hay posibilidades", dijo el médico, tomando la mano delgada y temblorosa de Sue en la suya. "Con una buena atención ganará. Y ahora debo ver otro caso que tengo abajo. Se llama Behrman, una especie de artista, creo. También tiene neumonía. Es un hombre viejo y débil, y el ataque es agudo. No hay esperanza para él; pero hoy va al hospital para que se ponga más cómodo".

Al día siguiente el médico le dijo a Sue: "Está fuera de peligro. Ha ganado. Nutrición y cuidados ahora; eso es todo".

Y esa tarde Sue se acercó a la cama donde yacía Johnsby, tejiendo satisfecha una bufanda de lana muy azul y poco útil, y la rodeó con un brazo, con

almohadas y todo.

"Tengo algo que decirte, ratón blanco", dijo. "El señor Behrman murió de neumonía hoy en el hospital. Sólo llevaba dos días enfermo. El conserje lo encontró en la mañana del primer día en su habitación, abajo, indefenso por el dolor. Sus zapatos y su ropa estaban mojados y helados. No podían imaginar dónde había estado en una noche tan espantosa. Y entonces encontraron una linterna, todavía encendida, y una escalera que había sido arrastrada de su lugar, y algunos pinceles dispersos, y una paleta con colores verdes y amarillos mezclados en ella, y... mira por la ventana, querida, la última hoja de hiedra en la pared. ¿No te has preguntado por qué no se agita ni se mueve cuando sopla el viento? Ah, cariño, es la obra maestra de Behrman: la pintó allí la noche en que cayó la última hoja".

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**